

LIBROS COLOMBIANOS RAROS Y CURIOSOS

Escribe: IGNACIO RODRIGUEZ GUERRERO

— XXXVIII —

URIBE JUAN DE D. (1859-1900). *En la Fragua*. Política, Religión, etc., etc. 65 páginas. 20½ x 16. Imprenta de "El Pichincha". Quito, 1896.

En 1896, con el título de *Somatén*, se publicó en Quito un copioso volumen, de cerca de mil páginas, en el que se recogieron artículos escogidos de *El Pichincha*, primer diario radical publicado en esa ciudad, cuyo director-redactor era por entonces el avezado periodista Miguel Aristizábal.

Se trata de una interesantísima colección miscelánea, en la que al lado del editorial político, del intencionado comentario de las diarias ocurrencias sociales y administrativas, de los programas de gobierno y de la pugna de los partidos, se encuentran páginas de poesía y de buena literatura, ensayos históricos, novelas cortas, sociología y crítica.

En las columnas de *El Pichincha* no solo colaboraron escritores ecuatorianos, y, por ello, en las páginas de *Somatén* encontramos a menudo producciones de los más destacados escritores colombianos de fin de siglo, que eran al mismo tiempo portaestandartes de las ideas liberales: Vargas Vila, Ismael Enrique Arciniegas, Diógenes A. Arrieta, Rojas Garrido, J. M. Pinzón Rico, al lado de escritores y poetas de otras tendencias, como José Eusebio Caro, Julio Arboleda y Gregorio Gutiérrez González.

Julio Flórez, Antonio José Restrepo, Candelario Obeso, compatriotas nuestros, entonces en la flor de la juventud, alternan allí con los nombres de poetas ya universalmente consagrados, como Víctor Hugo y Enrique Heine, y de otros bardos de España y de América, en la iniciación de su carrera triunfal: Manuel del Palacio, Pimentel Coronel, José Martí, Julián del Casal, Juan Clemente Zenea, Juan de D. Peza, Salvador Díaz Mirón, Manuel Azaña, Carlos M. Céspedes, Luis G. Urbina, Rubén Darío...

"*El Pichincha*", pues, fue un diario de verdadera cultura cosmopolita. Y *Somatén*, donde se recopilaron sus mejores páginas, una especie de antología periodística de no vulgar mérito, que aún hoy puede consultarse con provecho.

Juan de Dios Uribe, que a la sazón hallábase desterrado del país por el gobierno del Vicepresidente Caro, y había ido a plantar tiendas en la capital del Ecuador, al abrigo del más bello paisaje de América y de la

cordial amistad de los radicales del país hermano, fue solicitado por el director de *El Pichincha* para redactar el prólogo de la aludida compilación. Hízolo, en breve plazo, el escritor colombiano, con la donosura y valentía que le eran características. Y de tal modo fue recibida esa formidable clarinada de combate, que de ese escrito hízose una separata, de la que subrepticamente lograron penetrar a Colombia, por nuestra frontera meridional, unos pocos ejemplares. Hoy es una verdadera rareza bibliográfica, pues nunca, que sepamos, se ha reeditado. No figura en ninguno de los tomos de las pretendidas "Obras Completas" de Uribe que, con el título de *Sobre el Yunque*, publicó don Antonio José Restrepo en Bogotá, en 1913. Y solo algunos escasos fragmentos de aquel inimitable prólogo fueron transcritos (págs. 124-138) en el libro *Prosas del Indio Uribe*, que editó Benigno A. Gutiérrez en Medellín, en 1939.

Cierto que Restrepo, especie de albacea literario del Indio Uribe, tuvo en mientes la publicación del prólogo de *Somatén* y también del prólogo de sus *Poesías Originales y Traducciones Poéticas*, —escritos por aquel— en un tercer tomo de la serie *Sobre el Yunque*. Así, al menos, lo confiesa Restrepo, desde Lausana, a don Francisco Uribe V., hijo de Juan de Dios, residente en San José de Costa Rica, cuando en carta de 26 de julio de 1918, dícele: "Yo pensaba dejar para un próximo tomo *En la Fragua* y el *Prólogo* a mis poesías, que son —esos dos trabajos— el canto del cisne, como de lo mejor y por ser lo último que él escribió..." (BENIGNO A. GUTIERREZ. *Ají Pique*. Bedout, Edit. Medellín, 1955. Col. Popular de Clásicos Maiceros. II páginas, 137-138).

Solo que nunca se cumplió tal propósito, quedándose, por lo mismo, sin reeditar hasta hoy, lo mejor que en prosa de combate y en crítica literaria produjo jamás la pluma del grande estilista antioqueño. Gutiérrez aclara en su libro la razón de este frustrado propósito, cuando escribe: "Intrigados en 1931 los médicos Carlos A. Londoño y Hernando Muñoz, por no haber aparecido el 2º tomo de *Prosas Medulares* y la reedición de las *Poesías* con el prólogo del Indio, se dirigieron al doctor Restrepo, a Suiza, y este les contestó que había desistido de sus empeños, en primer lugar "por dificultades con la familia de Juan de D.", y en segundo, "porque el editor se mamó...". (P. 186).

Lo que es, sin linaje de duda, grandemente de deplorar, no solo porque el prólogo a *Somatén* es, en realidad, insuperable modelo de panfleto político, digno de la más amplia difusión, sino también porque el *Prólogo* de Uribe a las *Poesías* de Restrepo es una de las obras capitales de la literatura colombiana de fines del siglo, que ni siquiera se publicó en la prístina integridad que le había dado su autor, sino en fragmentos, y aún con inoportunas modificaciones hechas por Restrepo, como se lo confesó este a aquel, ofreciéndole, como en desagravio, que en otra oportunidad lo publicaría íntegro y tal cual salió de la pluma del genial escritor.

A principios del año 97 hallábase Restrepo en Lausana, Suiza, y desde allá le envió a Juan de Dios Uribe, al recibo de *Somatén*, una carta que da testimonio de la favorable impresión que ese libro causó en su ánimo: "No tienes idea, —dícele— del gusto con que recibí y leí tus tres cartas que la casa de Punchard me remitió con un *Somatén* y cuatro cuadernos del prólogo, los cuales pondré en buenas manos y me quedaré con el que

está en el libro. Tanto este trabajo como los que ya he leído de la obra me han gustado mucho y supongo que será grande la brecha que con ello se irá abriendo en ese caos de los curuchupas. Al señor Aristizábal le escribo dándole las gracias por su envío: ve esa carta y procura que ella tenga algún efecto con el complemento que le pongo aquí..." (B. A. GUTIERREZ. *Ob. cit.* 247).

No se trata de simples expresiones de cumplimiento. El Indio Uribe, en su relativamente corta vida de periodista de combate, buena parte de la cual la pasó en el exilio, disipó sus prodigiosas capacidades de escritor en artículos volanderos, para hojas de un día. Pero en todo cuanto salió de su pluma imprimió el sello de su leonina garra, a tal punto que puede decirse que no hay página suya que no merezca ser conservada. Sin embargo, en la redacción de algunos trabajos se superó a sí mismo. Tales, entre otros, el mutilado prólogo a las *Poesías* de Restrepo, la semblanza de Epifanio Mejía, el discurso por Máximo Jerez, la estampa de Rojas Garrido, el entrañable esbozo de Candelario Obeso, su apreciación crítica de *La Lira Nueva*, de Rivas Groot, y las insuperables páginas del prólogo de *Somatén*, que en la separata, no en el libro al que sirvió de pórtico, tomaron el nombre de *En la Fragua*.

Las escribió de corrido, por encargo, bajo el apremio de los impresores, comprometidos a sacar a luz *Somatén* en fecha determinada, impostergradable, como que era la de un aniversario de la proclamación de la independencia de Guayaquil, el 9 de octubre de 1896.

El tema de su trabajo lo enuncia el autor en los primeros párrafos del mismo, a vuelta de referirse a la manera como hizo amistad con los directores de *El Pichincha*, cuando dice:

"Me ocuparé en estudiar la *oportunidad*, que yo rechazo como un criterio liviano para conseguir el bien público. Se acomoda a mi objeto, porque *El Pichincha* fue tachado de inoportuno en su brega por las reformas, después de la guerra de 1895..." (P. 2).

Para comprobarlo, apela el escritor al testimonio de la historia de América, cuidándose de contrastar particularmente la de Colombia y el Ecuador, en episodios que arrancan desde la revolución de Independencia hasta los últimos años del siglo XIX:

"El 9 de octubre viene al caso, así como el 20 de julio de 1810, porque prueban que la *oportunidad* no es el criterio de los grandes hechos, y que los próceres de la Independencia no se estuvieron tomándole el pulso a la Colonia para proclamar la libertad de los pueblos. Hubiéranlo hecho, y se habrían abstenido de tan temeraria empresa, pues si al cabo de tantos años las masas no han llegado a la evolución mental que se necesita para entender el gobierno propio, según los sociólogos oportunistas, menos lo comprenderían entonces bajo el régimen de apócope intelectual que era el medio de gobernar España. Los que tuvieron la visión del bien, se fueron tras ella, atenedos a la convicción íntima, sin pesar los peligros en la balanza química que ahora se acostumbra; y la guerra de Independencia que nos asombra, fue una serie de batallas sin más filosofía inmediata que la muerte en el azar de las espadas. Los libertadores sintieron el mal

y lo sacudieron como una carga indigna; no conocían la guerra, y se formaron capitanes ilustres; no tenían soldados, y los pidieron a la casualidad, y cuando les faltaron armas, fabricaron de una piedra un ariete, de una estaca una lanza y un obús de la cavidad de una guadua. Nos redimieron de la Metrópoli así, para confusión de los oportunistas, pues si aquello fue justo, debemos imitarlo, y si fue un error, no debemos conmemorar estos aniversarios. La simplicidad de los hechos vale más que la sabiduría novísima que amansa el ánimo, y yo prefiero al filósofo que me deja con los brazos cruzados, el bruto intrépido de cuatro patas, el perro de San Bernardo, que va derecho a la nevasca y salva por la melena al peón de los Alpes...". (Págs. 2-3).

Y aludiendo a lo que por entonces presenciaba el Ecuador, en la persona de un prodigioso caudillo, el General Alfaro, esta remembranza:

"¡No importa la hora!

El último día del año de 1893 me sorprendió a orillas del mar Pacífico, por primera vez visto por mis ojos. Tenía el honor de acompañar a Eloy Alfaro a una de sus empresas libertadoras.

—Oh, me dijo el viejo proscrito, señalándome el Océano: amémosle mucho, que sus ondas bañan las riberas de la Patria!

Respeté su entusiasmo, pero pensaba: ¿es que los radicales de Colombia y el Ecuador tenemos patria?

Los amos nos vedaban el sol nativo y el pan de nuestras cosechas; estábamos fuera de la ley que ampara y de la tierra que sustenta, y se atropellaban en mis labios las sílabas indómitas del odio en aquella mañana de diciembre. La naturaleza solo es bella en la libertad del pensamiento. Buscaba hacia el Sur en vano mi radiante Colombia de otros tiempos, la macabea, la madre de vientre fecundo, bendito tres veces por la libertad, por la República y por la ciencia. El sol naciente abría grandes y nuevos espacios sobre las aguas; las olas contra la playa aligeraban su fatiga en un gran sollozo; la brisa traía las frescuras y los olores marinos; los alcatraces desarrollaban sus escuadrones en el espacio... Buscaba en vano la patria: allá abajo el monótono océano resonante y las estériles costas. Luego aparece Colombia en mi mente, como una llama, que ya es una antorcha, que ya es una sombra, que ya es una mancha... nada!

—No me digáis, no, General, que este horrible vacío es la patria!

Pasó un año, pasó otro, el perseverante lidiador empuñó las armas, subió a los Andes con sus guerreros, y respiró gozoso y ufano en las faldas del Pichincha. Quísole y púdolo, para confusión mayor de los oportunistas...". (Págs. 8-9).

Y, sobre los orígenes de la emancipación cubana, estas certeras reflexiones, derivadas de los acontecimientos:

"¡No importa la hora!

¿Olvidaré las pláticas de José Martí, en Nueva York, el año de 1888? El patriota cubano describía el triunfo de su causa como si se hubiese rea-

lizado, engrandeciéndole hasta la apoteosis con su palabra vívida y numerosa, arcaica y nueva, cual de un profeta en diálogo con los muertos y los vivos. Resplandecía en su frente la estrella solitaria y la bandera de Cuba libre en sus manos convidaba al sacrificio. Fuera del circuito de este hechicero, caía otra vez la sombra y el desaliento, y las realidades que hacía palpables su palabra, se iban como fugitivas quimeras.

No podía ser, no acontecería aquello. España en paz; la isla guardada por un gran ejército de tierra y una poderosa escuadra de navíos; los buenos cubanos proscritos, errantes, empobrecidos; dentro de la Antilla la vigilancia, fuera del país el espionaje; la división entre autonomistas y separatistas; los antiguos jefes prestigiosos, Máximo Gómez en Montecristi de Santo Domingo, los Maceos en Nicaya de Costa Rica, Calixto García en Méjico, todos dispersos; la hecatombe de los diez años y la paz del Zanjón de presentes; la América latina ligada a la Península por la diplomacia, el comercio, las academias de la lengua y las juntas Ibero-americanas; la reacción absolutista en países amigos en otro tiempo, como Colombia; Cuba, por fin, abatida, inanimada, exánime, ¿se levantaría a la voz del poeta Martí?

Los incrédulos le escuchaban, prendados de su elocuencia, convencidos de que Cuba tenía derecho innegable a ser independiente, pero mirando la realización de esa esperanza en el confín del tiempo. Argumentábanle otros circunstantes con los recursos de la teoría evolucionista, —que pierde su gravedad científica cuando pasa el Atlántico y cae en poder de los payasos—; alegábanle que Cuba no había llegado al término de la evolución que se requiere para que un pueblo tenga y administre sus intereses por sí mismo; que los negros, que no tienen desarrolladas las circunvoluciones cerebrales como los blancos, serían un elemento perturbador en la nueva sociedad política; que fracasa quien empuja el nivel intelectual y moral de los pueblos, sin haber preparado antes por la enseñanza a los individuos uno a uno; y que más acomodado a la naturaleza era la Tutela en primer lugar, después la Autonomía administrativa, y luego... quizá... entonces... tal vez... la Independencia.

Martí era un dinamo, un explosivo, una centella del patriotismo; rompía por el medio las dificultades, anticipándose al machete, a la dinamita y al incendio, y era de vérselo, pequeño, delgado, pálido, enfermizo, cómo crecía en majestad, energía, fuerza y salud, al pronunciar su boca las palabras *Cuba libre! Cuba emancipada!* Los argumentos de los pusilánimes los llamaba *miedo* lisa y llanamente; y triunfó el intransigente Martí, por más que haya muerto en la pelea, que ya sus compatriotas declararon, altos los aceros, tras un año de lid afortunada, que Cuba sería libre, o desaparecería para siempre de la faz del planeta!... No importa la hora!... (Págs. 9-11).

Hay en este folleto páginas de un vigor tan bien logrado, de una objetividad tan contundente, que dan la impresión de un alto-relieve en el que prodigioso artista hubiese esculpido las palabras justas, precisas, tocándolas de un hálito de perennidad. Tales, entre otras, las que dedicó a Gabriel García Moreno y a Rafael Núñez; las que glosan pasajes de Jorge

Juan y Antonio de Ulloa en sus *Noticias Secretas de América*; las dedicadas a Vargas Vila y a Rafael Uribe Uribe, y, en fin, las que el autor consagró a Juan Montalvo y al General Alfaro.

Se puede no estar de acuerdo con el criterio histórico o con el fondo sociológico de las afirmaciones de Juan de D. Uribe en este raro opúsculo. Pero nadie negará, por opuesto que sea a la ideología del escritor antioqueño, su completo dominio del idioma castellano, su íntimo comercio con los clásicos de la época de oro, que lo connaturalizaron totalmente con la índole y los secretos de la lengua, la perfección elocuentísima, en suma, que le era propia al comunicar a los demás su pensamiento por medio de la palabra escrita.

No hay en este libro hojarasca ni broza. Nada falta en los detalles para formar la admirable armonía del conjunto. Diríase este opúsculo la obra de un parnasiano, estando Uribe tan lejos de serlo. Que en él era espontáneo, como brota un manantial de la montaña, el hacer fluir la belleza verbal del cerebro a la pluma, la justeza en la escongenia de los vocablos, el arte inimitable de la adjetivación cabal.

Tiene Uribe un agudo sentido del análisis y un extraordinario poder de síntesis, que son, en suma, las virtudes capitales del crítico literario. Y, de este modo, nos da en el opúsculo que comentamos síntesis admirables de escritores y políticos, como esta acabada estampa de Montalvo:

“Lo que más interesa en Montalvo no son los asuntos, es la rareza con que los presenta, la sensación tan personal de él, la doctrina que exprime tan categórica y lozana. Acaso nos apartemos de su filosofía por vaga y dogmática, pero nos enamora su énfasis, la seguridad con que decide en todo, y la confesión desenfadada de sus simpatías y sus odios. Estos últimos tienen la atracción de lo prohibido: se queda uno con ellos, no puede olvidar lo que el escritor ha odiado. Averigua el viajero, verbigracia, por el granuja de Veintemilla, un tiranuelo adrede, cruel, vulgar y cínico, como hay tantos, y no logra apartarlo en la memoria de la hipóbole de las *Catilinarias*. El rollo de la palabra de Montalvo abrumba: ha plantado una nueva floresta del idioma y se va por ella como un salvaje grandioso a caza de fieras y reptiles. Se requiere iniciación para comprenderlo, y gusto literario para admirarlo en sus pormenores artísticos; diré también que hay que prevenirse para no caer en sus extremos, porque se deja ir en el aerostático de su fantasía y sin ser un ortodoxo es en ocasiones místico. Su gusto es serio y noble, y se lo facilita a los personajes de su agrado, así antiguos como modernos, lo que falsea la historia de una manera elegante, pero inconveniente. La naturaleza anima sus páginas con tal verdad y atractivo, que las cosas que describe del mundo real, tienen, por el jugo de la frase, una tentación irresistible. Ningún escritor hizo, por otra parte, mejor uso de su talento. Azotó a los pícaros en la plaza pública, colgó a los tiranos en una horca que puso sobre los Andes y sacó a la vergüenza los vicios del clero con un buen humor que da escalofrío. Sus obras matan, crean legiones, libertan pueblos. Son la cantera de los escritores libres: para que los tiranos de América vivan en paz, sería necesario que no hubiese existido Montalvo. El nos manda odiarlos y matarlos!...”. (Págs. 61-62).

Y esta otra de Vargas Vila, que encierra en cuatro rasgos precisos cuanto de este se puede decir:

“Vargas Vila aparece en esta obra con Montalvo y Alfaro. Le dedico una palabra, cuando merece un libro. Lleva en una mano el látigo hecho de escorpiones luminosos y en la otra la escala por donde trepan a la celebridad los escogidos de su corazón o de su inteligencia. Ama y odia en un desorden magnífico. Tiene siempre delante de sí un acusado que ha de morir a sus pies, y a poco que se empine en el pretorio descubre un cementerio lleno de los muertos con su pluma. No otra cosa son *Los Providenciales*. A los réprobos de la libertad les niega en la pira una sed de agua. Deja la piedad para los grandes infortunios, y nadie como él ha llorado con lágrimas de fuego sobre las ruinas de Colombia...”. (Página 64).

Denodado combatiente por la libertad, Uribe encaminó todos sus esfuerzos para defenderla. Tenía de ella un concepto casi mítico, y por lo mismo consagrole por entero, como a una deidad, su pluma de fuego. No otra que la lucha por la libertad, en su concepto, podía ser la misión del periodismo. Y lo predicó siempre con su ejemplo. De allí que explicase los objetivos de *Somatén*, la antología periodística de *El Pichincha*, de Quito, de esta manera:

“*Somatén* es el clamor de la lucha.

Démosle rienda a la pasión de ser libres: vamos allá, más allá de donde nuestro deseo se sacia y nuestro cuerpo nos sostiene. No llamemos vida al descanso, llamémosle muerte; no digamos hasta aquí, sino adelante, adelante! Los esclavos que se rediman; los redimidos que se engrandezcan; los grandes que fulguren. Cerremos los ojos a la extensión; los oídos al tiempo, y hagamos del corazón un remo que nos empuje para forzar el destino. Vámonos impetuosos, salidos de madre, disparados: la existencia es bien corta para ir a la felicidad paso a paso. Al cansado démosle ayuda; de los muertos formemos un promontorio para divisar nuestra ruta. El que nos cierre el paso que perezca, si es poderoso; si es débil, llevémosle en hombros que será nuestro hermano. No haya paz con los fuertes; confesemos nuestra fe bajo el filo de la espada. Si la sangre nos salpica, dejemos que el tiempo la oree, porque no se borra la del justo, ni mancha la del tirano; ni la sangre por su propia virtud es sagrada. Démosle rienda a la pasión de ser libres, démosela: sin eso seremos hombres en busca de dueño, jamás dueños de nosotros mismos...”. (Páginas 64-65).

El Indio Uribe ha sido objeto de exaltaciones más allá de toda medida y también de peyorativos juicios, formulados estos por sus émulos y adversarios políticos.

Tomás Carrasquilla, sin reconocer que Uribe hubiese sido un genio, y ni quizá un pensador, asegura que en eso de revelarse por medio de la forma creía que nadie le superaba en castellano: “En la evolución contemporánea del castellano, —son sus palabras— ninguno puede compararsele como estilista, ni en las Américas ni en la Península... La prosa del Indio es única y soberana en los dominios de la lengua hispánica...”.

Por su parte, el notable crítico Fernando de la Vega, al juzgar a Juan de D. Uribe, se sitúa en el opuesto campo del negativismo, comenzando por decir que "no tiene casi obra". (*A Través de mi Lupa*, Pág. 47). Y añade que es un "hablista unilateral, de pelambre sin tornasol, que se vuelve a la larga enojoso". (P. 53). Y, encarándose con quienes piensan lo contrario, díceles que: "Halague a los admiradores de Juancho Uribe el mágico relumbro de una esperanza fallida, que eso basta solo para proteger su memoria de los desbordes del olvido. No soliciten lauro mayor a su merecimiento en el dicho inocuo de ser el estilista máximo del continente. Nadie habrá de recibirlo en serio; no lo vuelvan a proferir...". (Pág. 60).

La posteridad no suscribirá, sin duda, el juicio de Fernando de la Vega sobre Juancho Uribe. Cada uno juzga, en último término, según su gusto, es verdad. Por nuestra parte, mientras más meditamos, más nos convencemos, no de que el glorioso Indio fuera el estilista único y sin par de lengua española, como quiere Carrasquilla, que tales juicios exclusivistas son absurdos en sí mismos, sino que fue uno de los mayores, de los más señalados de América, en la segunda mitad del siglo XIX. En el manejo del castellano, en el arte de infundir vida, calor, armonía y movimiento a los vocablos de la lengua, muy pocos le igualan y quizá ninguno le supera. Léaselo y compáreselo con sus pares. Recuérdense especialmente el Prólogo a las Poesías de Restrepo y este raro opúsculo, *En la Fragua*, dechado de "vibrante y masculina prosa", que dijera don Antonio Gómez Restrepo. Y al opinar de este modo, estamos recordando justamente a los primates de la prosa en América, aludidos por De la Vega: a Sarmiento, Miguel Cané, Ricardo Palma, Montalvo, González Prada, Baralt, Juan Vicente González, Cecilio Acosta, José Martí... No. La prosa del Indio Uribe, dígase lo que se quiera, resiste victoriosamente toda comparación con la prosa de aquellos supremos artistas de la palabra. Por lo que el escritor antioqueño debe ocupar, y a buen fuero, sitio preeminente entre los clásicos colombianos.